**PARA EL FIN DE SEMANA DEL 1 Y 2 DE FEBRERO DE 2025**

La Presentación del Señor

**Lectura del Evangelio**

Lucas 2, 22-40

Cuando se cumplieron los días para la purificación de ellos,

según la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén

para presentarle al Señor,

como está escrito en la Ley del Señor: “Todo varón que abra

la matriz será llamado santo para el Señor”,

y para ofrecer un sacrificio conforme a lo dicho en la ley del Señor “un par de tórtolas o dos

pichones”.

Y había en Jerusalén un hombre que se llamaba Simeón.

Este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de

Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él.

Y por el Espíritu Santo se le había revelado que no

vería la muerte sin antes ver al Cristo del Señor.

Movido por el Espíritu fue al templo. Y cuando los padres

del niño Jesús le trajeron para cumplir

por Él el rito de la ley,

él tomó al Niño en sus brazos y bendijo a Dios, y dijo:

“Ahora, Señor, permite que tu siervo se vaya

en paz, conforme a tu palabra;

porque han visto mis ojos tu salvación,

la cual has preparado en presencia de todos los pueblos;

luz de revelación a los gentiles,

y gloria de tu pueblo Israel”.

Y los padres del niño estaban asombrados de las cosas que se decían

de Él.

Simeón los bendijo y dijo a su madre, María: “He aquí,

este Niño ha sido puesto para la caída y el levantamiento de muchos en Israel, y

para ser señal de contradicción

(y una espada traspasará aun tu propia alma) a fin de que sean revelados los pensamientos

de muchos corazones”.

Y había una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de

la tribu de Aser. Ella era de edad muy avanzada y había vivido

con su marido siete años después de su matrimonio,

y después de viuda, hasta los ochenta y cuatro años. Nunca se alejaba

del templo, sirviendo noche y día con ayunos y oraciones.

Y llegando ella en ese preciso momento, daba gracias a Dios

y hablaba de Él a todos los que esperaban la

redención de Jerusalén.

Habiendo ellos cumplido con todo conforme a la

Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.

Y el Niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la

gracia de Dios estaba sobre Él.

**Intercesión**

Que nosotros, la Iglesia, crezcamos con fuerza y sabiduría como el Niño Jesús, mediante los esfuerzos de la Campaña para los Ministerios Católicos y de iniciativas similares.

**Texto para el anuncio en el boletín**

Amar a alguien significa que experimentará tanto alegría como tristeza. Esto es especialmente cierto si tiene un hijo o hija. El amor profundo por un hijo o hija significa una felicidad increíble y una angustia enorme. María lo experimentó, o al menos lo vislumbró, en la corta vida de Jesús. Su nacimiento fue anunciado por ángeles. Cuando era un bebé, recibió la visita de tres reyes magos que le trajeron preciosos regalos.

Según la ley judía, 40 días después, María y José presentaron a Jesús en el Templo y escucharon a dos personas santas llamar a su hijo el Mesías. Pero el tormento que María experimentaría en el camino del Calvario y al pie de la cruz fue profetizado por Simeón: “Y una espada traspasará aun tu propia alma”.

A lo largo de la infancia de Jesús, a María se le recuerda que su camino será singular y ella “atesoraba todas estas cosas, reflexionando sobre ellas en su corazón” (Lucas 2: 19).. Ella y José permanecieron fieles al llamado de Dios de ser los padres terrenales de Su hijo, y lo compartieron con un mundo que necesitaba de su luz.

Que todos sigamos su ejemplo de amor y fidelidad en nuestras relaciones con nuestra familia y nuestros amigos, así como con nuestra comunidad eclesial más amplia a través del apoyo a la Campaña para los Ministerios Católicos.

**Texto para el anuncio en el púlpito**

La fidelidad abunda en el Evangelio de hoy. Primero, tenemos a María y José. Ellos se adhieren a las leyes religiosas de su fe cuando circuncidan a Jesús y presentan a su primogénito ante el Señor (Éxodo 13-15), y llevan a cabo la purificación de la madre 40 días después del nacimiento (Levítico 12: 1-8).

Luego, están Simeón, que es “justo y piadoso” (Lucas 2: 25), y Ana, que “sirviendo noche y día con ayunos y oraciones” (Lucas 2: 37). Simeón y Ana simbolizan la esperanza y la expectativa. Son judíos fieles y devotos que esperan al Mesías, “luz de revelación a los gentiles, y gloria de Tu pueblo Israel”. (Lucas 2: 32). Jesús cumple su anhelo. En el momento de su encuentro, Él es solo un bebé, pero lo ven con los ojos de la fe, reconocen que él es la realización de todas sus esperanzas y expectativas.

Puede que Jesús no esté físicamente entre nosotros como lo estuvo con José y María, Simeón y Ana, pero Él está vivo en medio de nosotros a través de nuestra fe, en nuestras palabras y en nuestras acciones. Cuando apoyamos a la Campaña para los Ministerios Católicos, compartimos su esperanza con aquellos que necesitan su luz y Su amor.

**Publicación y contenido para las redes sociales**

Foto: La luz abriéndose paso a través de las nubes

Encabezado: “Mis ojos han visto Tu salvación”, Lucas 2, 30

Texto: ¡Las cosas buenas llegan para quienes saben esperar! Con paciencia, Ana y Simeón confiaron en que el Señor venía. Que podamos hacer sentir Su presencia en nuestra comunidad hoy a través del apoyo a la Campaña para los Ministerios Católicos.